

190.000 pesetas

Cobrar el sueldo cada mes o cada semana, es el pan nuestro de cada día. Efectuamos este gesto a ojos cerrados, con una inercia metódica, porque es parte de nuestra existencia. A veces puede producirse un hecho inesperado, que nos podría sacar de esta inercia. Por ejemplo: encontrarse con una bolsa conteniendo una fuerte cantidad de dinero. Unas 190.000 ptas. Si así terminara la cosa, el asunto sería como una bendición del cielo. Pero ocurre que se lleva dentro de sí, aquel Pepito Grillo que todos admiramos un día en el «film» Pinocho. Y este Pepito nos habla. Los hay que cierran sus oídos a las reflexiones de tan concienzudo personaje. Pero los hay que las escuchan.

A estos últimos pertenece este camarero anónimo, guixolense, que se encontró con una cartera conteniendo 190.000 pts. y la devolvió tan gallardamente a su dueño, súbdito inglés. Nosotros somos así, Mr. John, o Brown o White...

Y perdone, señor inglés, que llevemos esta noticia, este laudable gesto del camarero digno, en sitio de honor, a primera página. Decimos perdone, porque con ello no queremos hacerle alarde de orgullo altivo. Ya ve que el camarero ni ha querido dar su nombre y esto equivale por sí solo a una verdadera garantía de hombre recio pero humilde.

Lo hacemos constar, simplemente, para que si en futuras ocasiones se perdieran otras carteras de otros súbditos extranjeros o nacionales, el gesto noble del camarero anónimo de nuestra ciudad cunda entre todos los habitantes de San Feliu.

Ómnico

SAN FELIU DE GUIXOLS 23 DE AGOSTO 1956 NÚM. 447 AÑO IX

LA FAMA TAMBIÉN TIENE NOMBRE DE MUJER

MARIFÉ DE TRIANA

La conocí en casa del maestro don Manuel Gordillo, su profesor. El cual me la presentó, y con verdadero entusiasmo, como la nueva «estrella» del folklore español.

De momento lo que mis ojos contemplan es una muchachita (casi una niña) bellísima. Enseguida de tratarla se hace evidente su simpatía y a las pocas horas puedo dar constancia de su arte. Pero vayamos por partes. Y antes he de aclarar al lector que mi entrevista con Marifé de Triana se celebró ya hace unos días, cuando la gentil estrellita estaba actuando en Madrid con su «Torre de Arena».

Ambas tratamos de enhebrar el diálogo en el acto, pero Marifé tiene que dar su lección y el maestro Gordillo se muestra inflexible. Entonces ella me dice con una gracia muy sevillana:

—Venga usted mañana a las cinco de la tarde al teatro La Latina. Ya verá como allí podemos hablar largo y tendido.

Y fui. Llamo a la puerta de su camerino sin obtener respuesta. Empujo la hoja y entro. La habitación está desierta. Me siento junto a una mesita materialmente cubierta de estampas. Allí Jesús del Gran Poder, la Virgen de Araceli. Nuestra Señora de la Esperanza... Una talla muy fina del Niño Jesús en su cunita...

Oigo un repiqueteo de tacones y a poco mi anfitriona cruza el umbral de la estancia.

—Cuánto la he debido hacer esperar— dice.

—No se preocupe, Marifé. He estado muy entrenada viendo sus estampas.

—Soy muy devota, sí. Sobre todo de Jesús del Gran Poder. Mire, también le llevo aquí.

Y me muestra la única sortija que adornan sus manos. Un sencillo aro de oro, del que pende una medallita con la imagen preferida.

—¿Es usted del mismo Sevilla? —inquiero.

—No. Soy de Burguillos, pero toda la provincia es una bendición de Dios.

—¿Cómo llegó al arte?

—Yo diría que de una manera espontánea pero tenaz; pues tuve que luchar desesperadamente para conseguir el consentimiento familiar.

—¿Dónde debutó?

—Aquí en Madrid. ¡Inolvidable! Traía un contrato de siete días y me lo prolongaron cuarenta y cinco.

—¿Es éste el mejor recuerdo de su carrera?

—¡Oh, no! Mi mayor emoción fué el día 10 de enero de este año, cuando me presenté con mi espectáculo en el Teatro Calderón;

pues antes siempre había ido contratada.

—¿Y en el cine ha intervenido?

—Hasta ahora no me lo han permitido mis compromisos teatrales. Pero sí me gustaría; sobre todo, si se tratase de dar vida a alguno de los personajes femeninos de mis ilustres paisanos los Hermanos Alvarez Quintero.

—¿Ensayas mucho?

—Vaya; no me descuido. Soy bastante juiciosa.

—¿Exige grandes sacrificios el arte?

—Si señora. La constante preocupación en primer lugar. El no poder comer lo que a uno gusta y apetece .. Y para mí es una verdadera espina, la certeza de saber, el mal concepto que, por regla general, tiene la gente de los que vivimos del teatro. Bueno y ahora, si usted me lo permite —continúa Marifé—, voy a irme preparando para actuar.

Empieza cambiando su juvenil vestido de calle, que es blanco y con amplia falda, por un espléndido traje de época, también blanco, salpicado de estrellas plateadas. Suelta su simpática «cola de coballo» y deja su precioso pelo extendido por los hombros y la espalda. Con gran soltura y sin ayuda de nadie va colocándose los mil detalles que hacen un todo perfecto. Una vez acabado su atuendo, después de haberme contado que la encantan las biografías, la alta comedia, el cine, el campo, para descansar, aunque no descansa nunca etc, etc., me invita a ver la representación y ella misma en persona me busca cómodo con gran simpatía. Mientras llega el momento de salir a escena, permanece gentilmente acompañándome.

—Dígame, Marifé —pregunto—, ¿ha actuado en su tierra?

—No y es una de las grandes ilusiones de mi vida. Aunque con solo pensarlo me acomete un miedo atroz.

—Para terminar, voy a hacerle una pregunta de lo más vulgar.

Mi interlocutora rie abiertamente, y me invita a seguir adelante con un gracioso «diga».

—¿Tiene novio?

Pero Marifé se pone seria.

—No—asegura—. Al amor aun no le conozco, pero tengo de él un maravilloso concepto. A mi me parece que, como obra de Dios, debe ser algo extraordinario.

Una definición muy parecida a la que nosotros daríamos de ella.

Florencia M^a. Ortiz